



nas: "Hoy quiero hacer algo de lo que mi conciencia pueda alabarse, y mi padre estará contento; algo que me haga ser más querido de este o aquel compañero, del maestro, de mi hermano o de otros"; y pide a Dios que te dé la fuerza necesaria para llevar a cabo tu propósito. "Señor: yo quiero ser bueno, noble, valiente, delicado, sincero; ayudadme; haced que cada noche, cuando mi madre me dé el último beso pueda yo decirle: "¡Tú besas esta noche un niño mejor y más digno que el que besaste ayer". Ten siempre en tu pensamiento aquel otro Enrique más feliz que puede ser después de esta vida. Luego reza. ¡Tú no puedes imaginar qué dulzura experimenta, cuánto mejor se siente una madre cuando ve a su hijo de rodillas! Cuando yo te veo rezando, me parece imposible que deje de haber alguien que te mire y te escuche; creo entonces más firmemente que nunca, que hay una Bondad suprema y una infinita Piedad; te quiero más, trabajo con más fe, sufro con más fortaleza, perdono con toda mi alma y pienso con serenidad en la muerte. ¡Oh, Dios mío! Volver, a oír después de la muerte la voz de mi madre, volver a encontrar a mis hijos, volver a ver a mi Enrique, a mi Enrique inmortal y bendito, y estrecharlo en un a brazo que no se acabará ya nunca, nunca jamás, en una eternidad... ¡Oh! Reza, recemos querámonos, seamos buenos y llevemos en el alma esta celeste esperanza, adorado hijo mío".

Tu madre.



FEBRERO

UNA MEDALLA BIEN DADA

Sábado 4.—Esta mañana vino a repartir los premios el inspector de escuelas, un señor con la barba blanca y vestido de negro. Entró con el director poco antes de dar la hora y se sentó al lado del maestro. Hizo preguntas a varios niños, entregó luego la primera medalla a Deroso, y antes de dar la segunda estuvo oyendo un momento al maestro y al director, que le hablaban en voz baja. Todos se preguntaban: "¿A quién dará la segunda?" El inspector dijo entonces en alta voz: "En esta semana se ha hecho merecedor a la segunda medalla el alumno Pedro Precusa; y la merece, no sólo por los trabajos que ha hecho en casa, sino también por las lecciones, por la caligrafía, por su conducta; en suma por todo". Todos se volvieron a mirar a Precusa, y en todos los semblantes se reflejaba la misma alegría. Precusa se aturdió tanto, que no sabía dónde se hallaba. "Ven acá", le dijo el inspector. Precusa saltó fuera del banco y se fue al lado de la mesa del maestro. El inspector, después de fijar atentamente su mirada en aquella cara del color de la cera, en aquel cuerpecito enfundado en ropa remendada y que no había sido hecha para su cuerpo, en aquellos ojos bondadosos y tristes que

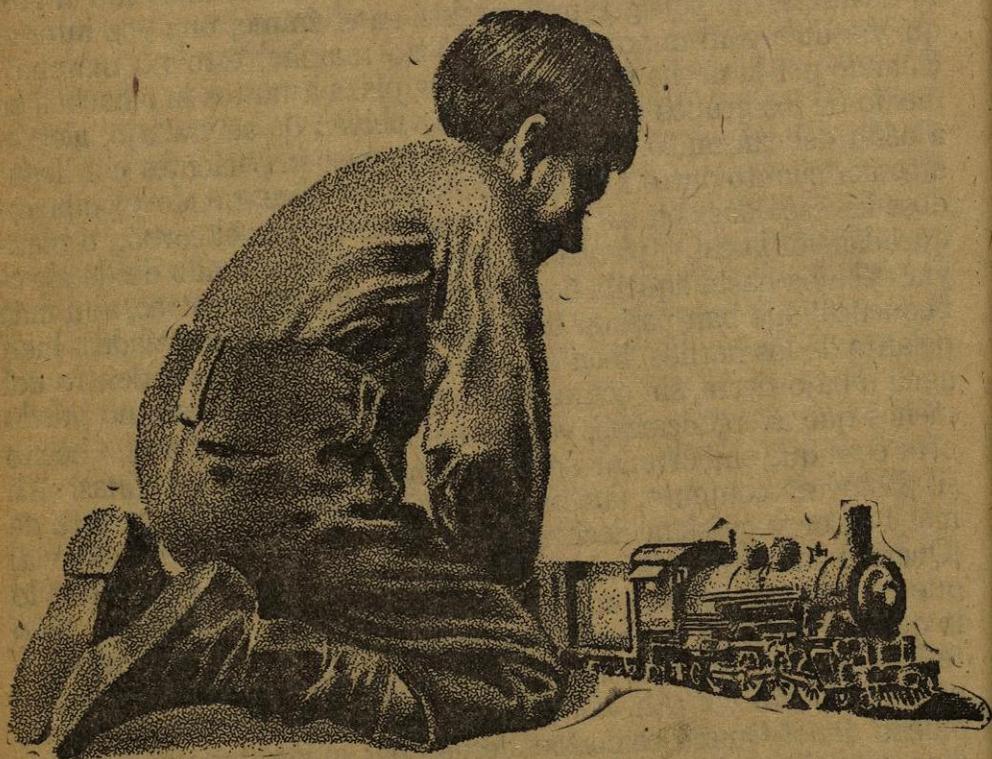
huían de los suyos y que dejaban adivinar una historia de sufrimientos, le dijo con voz llena de cariño al prenderle la medalla en el pecho: "Precusa: te corresponde la medalla; nadie más digno de llevarla que tú, no sólo por los méritos de tu inteligencia, sino también por la buena voluntad. Te corresponde por tu corazón, por tu valor, por las cualidades del hijo bueno y valeroso que en ti resplandecen. ¿No es verdad —añadió volviéndose a la clase— que también la merece por esto?" "¡Sí, sí!", respondieron todos a una voz. Precusa, moviendo su garganta como si necesitase tragar alguna cosa, dirigió sobre los bancos una dulcísima mirada llena de inmensa gratitud. "Vete —añadió el inspector—, querido muchacho. ¡Que Dios te proteja!" Era la hora de salida. Nuestra clase salió antes que todas, y apenas estuvimos fuera de la puerta... ¿a quién vemos allí, en el salón de espera, precisamente a la puerta? Al padre de Precusa, al herrero, pálido como de costumbre, con su torva mirada, con los pelos hasta los ojos, con la gorra medio caída y tambaleándose. El maestro lo vio en seguida y se puso a hablar al oído del inspector; éste se fue presuroso en busca de Precusa, y cogiéndole de la mano, le llevó con su padre. El muchacho temblaba. El maestro y director se habían acercado, y muchos chicos habían formado un círculo en derredor de ellos. "¿Es Ud. el padre de este muchacho, no es cierto?", preguntó el inspector al herrero con aire jovial, como si fueran amigos. Y sin esperar la respuesta, añadió: "Me alegra mucho. Mire: ha ganado la segunda medalla a cincuenta y cuatro compañeros, y la merece por los trabajos de composición, por los de aritmética, por todo. Es un niño muy inteligente y de gran voluntad, que sin duda hará carrera; querido y estimado por todos: puede Ud. estar orgulloso, yo se lo aseguro". El herrero, que estaba oyendo todo esto con la boca abierta, miró fijamente al inspector y al director, y luego a su hijo, que estaba delante, con los ojos bajos, temblando; y como si se acordase o llegase a comprender en aquel momento por primera vez todo lo que había hecho padecer al pobre pequeñuelo, y la bondad y constancia heroica con que le había sufrido, se mostró repentinamente en su cara cierta estúpida admiración, luego acerbo dolor, y por fin una ternura violenta y triste; y agarrando fuertemente al muchacho por la cabeza, le apretó contra su pecho. Todos nosotros pasamos por delante de él; y le invité para que fuera a casa el jueves con Garrón y Crosi; otros le saludaron; quién le hacía una caricia, quién le tocaba la medalla; todos le dijeron algo. El padre nos miraba como atontado y apretaba contra su pecho la cabeza de su hijo, que sollozaba.

BUENOS PROPOSITOS

Domingo 5.—La medalla dada a Precusa ha despertado en mí un remordimiento. Yo todavía no he ganado ninguna; de algún tiempo a esta parte no estudio; estoy descontento de mí; el maestro, mi padre y mi madre también lo están. No siento el placer que sentía cuando trabajaba de buena voluntad y abandonando la mesa corría a mis juegos lleno de alegría, como si no hubiera jugado en un mes entero; ni siquiera me siento a la mesa con los míos con el gusto de antes; me persigue una sombra en el ánimo, una voz interior que me dice continuamente: "Esto no marcha, esto no marcha". Cuando por la noche veo atravesar la plaza a tantos muchachos en medio de los grupos de obreros que vuelven de su trabajo, alegres a pesar del cansancio, que apresuran su paso impacientes por llegar a comer cuanto antes a su casa, hablando fuerte, riendo y golpeándose las espaldas con las manos ennegrecidas por el carbón o blanqueadas por la cal, y pienso que han estado trabajando desde el rayar del alba hasta aquella hora; y con aquellos tantos otros, aún más pequeños, que han pasado todo el día, bien sobre los tejados, bien delante de los hornos, bien en medio de las máquinas o dentro del agua o bajo tierra, sin comer más que un pedazo de pan, no puedo menos que avergonzarme, yo que en todo ese tiempo no he hecho otra cosa que emborronar de mala gana cuatro malas páginas. ¡Ah sí! ¡Estoy descontento, descontento! Bien veo que mi padre está de mal humor y quisiera decírmelo; pero le apena y espera todavía. ¡Querido padre mío! ¡Tú, que trabajas tanto! Todo es tuyo; todo lo que en casa me rodea, todo lo que me abriga y me alimenta, todo lo que me instruye y me divierte, todo es fruto de tu trabajo; todo te ha costado preocupaciones, privaciones, disgustos, esfuerzos; ¡y no me esfuerzo yo! ¡Ah, no! ¡Esto es demasiado injusto y me hace mucho daño! Quiero comenzar desde hoy; quiero empezar a estudiar como Estardo, con los puños y los dientes apretados; quiero ponerme a ello con toda la fuerza de mi voluntad y de mi alma; quiero vencer el sueño por la noche, saltar de la cama muy temprano, golpearme el cerebro sin descanso y fustigar sin piedad la pereza, fatigarme, sufrir hasta enfermar, con tal de no arrastrar más esta vida floja y abandonada que me envilece y llena de tristeza a los demás. ¡Animo, al trabajo! ¡Al trabajo, con toda mi alma y con todas mi fuerzas! ¡Al trabajo, que me dará el reposo dulce, los juegos placenteros, el comer alegre! ¡Al trabajo, que me traerá de nuevo la bondadosa sonrisa de mi maestro y el bendito beso de mi padre!

EL TREN

Viernes 10.—Precusa vino ayer a casa con Garrón. Yo creo que aun cuando hubieran sido hijos de príncipes no habrían sido acogidos con más jovialidad. Era la primera vez que venía Garrón, porque, sobre ser un poco huraño, se avergüenza de que le vean, porque es muy grande y todavía cursa el tercer año. Todos salimos a abrir



la puerta cuando llamaron. Crosi no vino, porque al fin había llegado su padre de América, después de seis años de ausencia. Mi madre besó inmediatamente a Precusa, y mi padre le presentó a Garrón, diciendo: "Aquí tienes: éste no solamente es un buen muchacho: es todo un hombre y un caballero". Garrón bajó su gran cabeza rapada, sonriendo a escondidas conmigo. Precusa llevaba la medalla y estaba contento, porque su padre ha reanudado el trabajo y han pasado cinco días sin que beba; quiere que esté siempre a su lado en el taller, y parece enteramente otro. Nos pusimos a jugar; saqué

todos mis trebejos, y Precusa quedó encantado a la vista del tren, que anda sólo cuando se da cuerda a la máquina; jamás lo había visto, y devoraba con sus ojos los vagoncitos amarillos y encarnados. Le di la llave para que jugase a su sabor, se arrodilló y no volvió a levantar más la cabeza. Nunca le había visto tan contento. Siempre nos decía: "Dispénsame, dispénsame", apartando nuestras manos si intentábamos detener la máquina; cogía y colocaba con toda clase de miramientos los vagoncillos, como si fueran de vidrio, temía empeñarlos con el aliento, los limpiaba por arriba y por abajo, y se veía una sonrisa incesante en sus labios. Todos nosotros le mirábamos; no quitábamos ojo de aquel cuello como un hilo, de aquellas orejitas que yo había visto un día echar sangre, de aquel chaquetón con las bocamangas vueltas, por donde salían los dos bracitos de enfermo que tantas veces se había levantado para defender la cara de los golpes. ¡Oh! En quel momento hubiera arrojado a sus pies todos mis juguetes y todos mis libros, hubiera arrancado de mi boca el último pedazo de pan para dárselo, me habría desnudado para que se vistiera, me hubiera arrodillado para besarle las manos. Por lo menos, pensé, quisiera darle el tren; era preciso, sin embargo, pedir permiso a mi padre. En aquel momento sentí que me ponían un papelito en la mano; miré; estaba escrito con lápiz por mi padre y decía: *A Precusa le gusta tu tren. El no tiene juguetes. ¿No te dice nada tu corazón?* Cogí súbitamente la máquina y los vagones, hice que pusiera las manos, y se lo entregué todo diciéndole: "Tómalo, es tuyo". Se me quedó mirando sin comprender. "Es tuyo —dije—; te lo regalo". Entonces dirigió sus ojos hacia mi padre y mi madre, todavía más admirado, y me preguntó: "Pero ¿por qué?" Mi padre le contestó: "Te lo regala Enrique porque es amigo tuyo, porque te quiere... para celebrar tu medalla". Precusa preguntó tímidamente: "Y ¿lo he de llevar conmigo... a mi casa?" "¡Pues claro!", respondieron todos. Todavía estaba en la puerta y no se atrevía a marcharse. ¡Era feliz! Pedía perdón, y su boca temblaba y reía juntamente. Garrón le ayudó a envolver el tren en el pañuelo, y al inclinarse sonaron los mendrugos de pan que llenaban sus bolsillos. "Un día —me dijo Precusa— vendrás al taller a ver cómo trabaja mi padre. Te daré unos clavos". Mi madre puso un ramito en el ojal de la chaqueta a Garrón para que se lo diera a su madre en su nombre. Garrón, con su vozarrón contestó: "Gracias", sin levantar la cabeza del pecho, pero revelando espléndidamente en sus ojos su alma buena y noble.

SOBERBIA

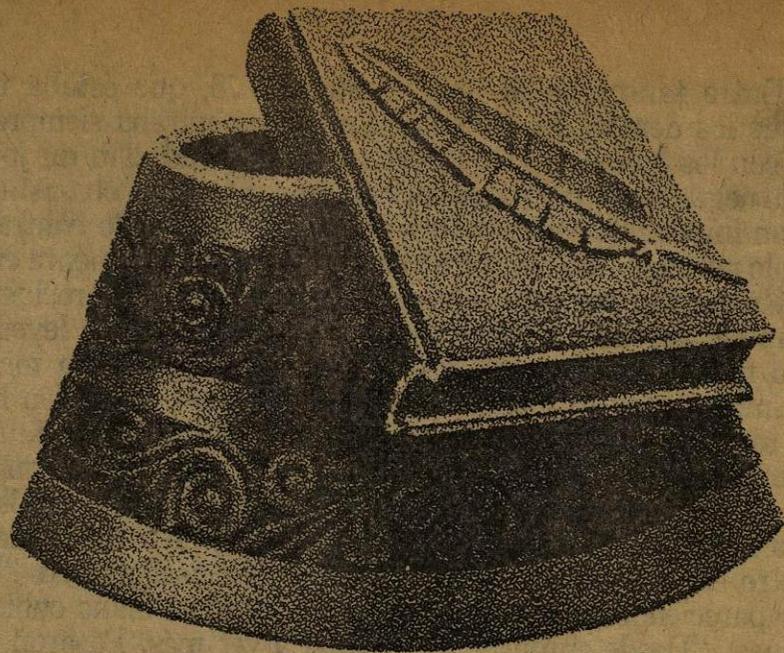
Sábado 11.—¡Y decir que Carlos Nobis se limpia la manga con afección cuando Precusa le toca al pasar! Es la encarnación misma de la soberbia, y todo porque su padre es un ricachón. ¡Pero también el padre de Deroso es rico! Carlos quisiera tener un banco para él solo; tiene miedo de que todos le ensucien; a todos mira de alto a bajo con sonrisa despreciativa en los labios: ¡ay del que le tropiece el pie cuando salimos en fila en dos en dos! Por nada lanza al rostro una palabra injuriosa o amenaza que hará venir a su padre a la escuela. Y cuidado que su padre le echó buena reprimenda cuando llamó harapiento al hijo del carbonero. Nunca he visto altanería semejante. Nadie le dice adiós al salir; no hay quien le apunte una palabra cuando no sabe la lección; él, en cambio, no puede sufrir a ninguno; finge despreciar sobre todo a Deroso, porque es el primero de la clase, y a Garrón, porque todos le quieren bien; pero Deroso ni se cuida siquiera de mirarlo, y Garrón, cuando le refirieron que Nobis hablaba mal de él respondió: “Tiene una soberbia tan estúpida, que ni siquiera merece, a decir verdad, el castigo de mis coscorrones”. Coreta, sin embargo, un día que Nobis se mofaba de su gorra de piel de gato, le dijo: “¡Vete con Deroso para que aprendas a ser caballero!” Ayer fue a lamentarse al maestro porque el calabrés le había tocado con el pie en una pierna. El maestro preguntó al calabrés: “¿Lo has hecho de intento?” “No, señor”, respondió francamente. “Eres demasiado quisquilloso Nobis”, dijo el maestro. Y Nobis, con su aire acostumbrado: “¡Se lo diré a mi padre!” El maestro entonces encolerizó: “Tu padre no te hará caso, como ha pasado otras veces. Además de que, en la escuela, el maestro es quien únicamente juzga y castiga”. Luego añadió con dulzura: “Vamos, Nobis, cambia de maneras, sé bueno y cortés con tus compañeros. Mira, hijos de trabajadores y de señores, de ricos y de pobres; todos se quieren bien y se tratan como hermanos, como lo que son. ¿Por qué no haces tú lo que los demás? ¡Qué poco te costaría que todos te quisieran y que tú mismo estuvieras más contento!... ¡Qué! ¿No tienes nada que contestarme?” Nobis que había estado escuchando con el semblante despreciativo de siempre contestó friamente: “No señor”. “Siéntate —le dijo el maestro—; te compadezco. Eres un muchacho sin corazón”. Todo parecía haber concluido ya, cuando el albañilito, que se sienta en el primer banco, volviendo su redonda cara hacia Nobis, que está en el último, le hizo una mueca, poniéndole un hocico de liebre tan bien hecho y tan gracioso, que estalló una sonora risotada en toda la clase. El

maestro lo regañó, y no tuvo más remedio, para ocultar la risa, que taparse la boca con la mano. Nobis también se rió, pero su risa no pasaba de dientes.

LOS HERIDOS DEL TRABAJO

Lunes 13.—Nobis puede hacer pareja con Franti; ni uno ni otro se conmovieron esta mañana ante lo que pasó a nuestra vista. Fuera ya de la escuela, estaba yo con mi padre mirando a unos pilluelos de la sección segunda, que se arrodillaban en tierra para refregar el hielo con las carpetas y las gorras y poder resbalar mejor, con paso precipitado, serios, espantados, hablando en voz baja. En medio venían tres guardias municipales, y detrás de éstos, dos hombres que llevaban una camilla. De todas partes acudieron los muchachos. La muchedumbre avanzaba hacia nosotros. Sobre la camilla venía tendido un hombre, el pelo enmarañado y lleno de sangre, que también le salía de la boca y de los oídos. Al lado de la camilla venía una mujer con un niño en brazos; parecía loca a cada paso gritaba: “¡Está muerto! ¡Está muerto! ¡Está muerto!”. Seguía a la mujer un muchacho con su cartera bajo el brazo y sollozando. “¿Qué ha pasado?”, preguntó mi padre. Alguien contestó que era un pobre albañil que se había caído de un cuarto piso donde estaba trabajando. Los que llevaban la camilla se detuvieron un instante. Muchos volvieron la cabeza horrorizados. Vi que la maestra de la pluma roja sostenía a mi maestra de la clase superior, casi desmayada. Al mismo tiempo sentí que me tropezaban con el codo: era el pobre albañilito, pálido y temblando de pies a cabeza. Pensaba seguramente en su padre; también yo pensé en él. Por mi parte, tengo al menos ánimo tranquilo cuando estoy en la escuela, porque sé que mi padre está en casa, sentado a su mesa, lejos de todo peligro; pero ¡cuántos de mis compañeros pensarán que sus padres trabajan sobre altísimo puente o cerca de las ruedas de una máquina, y que sólo un gesto o un paso en falso les puede costar la vida! Son como otros tantos hijos de soldados que tienen sus padres en la guerra. El albañilito miraba y remiraba temblando cada vez con más estremecimiento, y advirtiéndole mi padre, le dijo: “Vete a casa, muchacho: vete a escape con tu padre, a quien encontrarás sano y tranquilo: anda”. El albañilito se marchó, volviendo la cara hacia atrás en cada paso que daba. Entre tanto la multitud se puso en movimiento, y la pobre mujer destrozaba el

corazón gritando: "¡Esta muerto! ¡Está muerto! ¡Esta muerto!" "No, no está muerto", le decían todos. Ella no hacía caso y se arrancaba los cabellos. Oigo en esto una voz indignada que dice: "¡Te ríes!" Era un hombre con barba que miraba cara a cara a Franti, el cual seguía sonriendo. El hombre, entonces, de un cachete le arrojó la gorra al suelo, diciendo: "¡Descúbrete, mal nacido, cuando pasa un herido del trabajo!" Toda la multitud había pasado ya, y se veía por medio de la calle largo reguero de sangre.



EL PRESO

Viernes 17.—¡Ah! He aquí, seguramente, la ocurrencia más extraña de todo el año. Ayer de mañana me llevó mi padre a los alrededores de Moncalieri para ver una quinta que quería tomar en arrendamiento el verano próximo, porque este año ya no vamos a Chieri. Se encontró que quien tenía las llaves era un maestro, el cual hace a la vez de administrador de la finca. Nos hizo ver la casa y nos llevó luego a su habitación, donde bebimos. Entre los vasos en medio de la mesa había un tintero de madera de forma cónica y esculpido de una manera singular. Viendo que mi padre lo miraba atentamente dijo el maestro: "Aquel tintero lo tengo en mucha estima ¡si usted supiese caballero su historia!" Y nos la contó. Hace algunos años, siendo maestro en Turín, por todo un invierno fui a dar lecciones a los presos. Explicaba las lecciones en la capilla de la cárcel, que es un edificio redondo, alrededor de cuyos paredones altos y desnudos se ven muchas ventanitas cuadradas, cerradas por dos barras de hierro en cruz y que corresponden cada una al interior de una pequeña celda. Daba su lección paseando por la iglesia oscura y fría; los escolares se asomaban a aquellos agujeros con sus cuadernos apoyados en los hierros, sin enseñar más que las caras, envueltas entre sombras; caras escuálidas y sombrías, barbas enmarañadas y grises, ojos fijos, fijos de homicida y la-

drones. Entre tantos había uno, el número 78, que estaba más atento que los demás, que estudiaba mucho y miraba siempre al maestro con los ojos llenos de respeto y de gratitud. Era un joven de barba negra, más bien desgraciado que criminal, ebanista, el cual en un ímpetu de cólera, había descargado un cepilo contra su amo que le perseguía de tiempo atrás, hiriéndole mortalmente en la cabeza. Había sido por esto condenado a varios años de reclusión. En tres meses aprendió a leer y escribir, y siempre estaba leyendo, y cuanto más aprendía tanto mejor se hacía y mostraba mayor arrepentimiento por su delito. Un día, al terminar la lección hizo señal al maestro para que se acercase a la ventana, anunciándole con tristeza que al día siguiente saldría de Turín para extinguir su pena en las cárceles de Venecia; y habiéndole dicho adiós, le suplicó con voz humilde y conmovida que le dejase tocar la mano. El maestro se la alargó, y él se la besó: “¡Gracias! ¡Gracias!”, le dijo, desapareciendo en el acto. El maestro retiró su mano cubierta de lágrimas: “Desde entonces no lo volví a ver más. Pasaron seis años. Lo que menos pensaba yo era en aquel desgraciado —dijo el maestro—, cuando ayer por la mañana veo que llega a casa un desconocido, con gran barba negra, un poco entrecana ya, y malamente vestido. ¿Es usted señor —me dijo— el maestro Fulano de tal?” “¿Quién sois?” pregunté yo. “Soy el preso número 78, me contesta, usted me enseñó a leer y escribir hace seis años; si recuerda, al terminar la última lección me dio usted la mano; ya he extinguido la pena y aquí estoy... para suplicarle que haga el favor de aceptar un recuerdo mío, una cosilla que he hecho en la prisión. ¿Quiere aceptarla en memoria mía, señor maestro?” Me quedé atónito, sin decir una palabra; y creyendo él si acaso no quería aceptar el regalo, me miró como diciéndome: “¡Seis años de sufrimiento no han bastado para purificar mis manos!” Fue tal y tan viva la expresión de dolor de su mirada, que tendí inmediatamente la mano y cogí el objeto. “Helo aquí”. Examinamos atentamente el tintero: parecía trabajado con la punta de un clavo, y revelaba grandísima paciencia. Tenía esculpida encima una pluma atravesando un cuaderno y escrito alrededor: *A mi maestro. Recuerdo del número 78.—¡Seis años!* Y por debajo, en pequeños caracteres: *Estudio y esperanza*. El maestro no dijo más; nos fuimos. En todo el trayecto, desde Moncailerí hasta Turín, no pude quitarme de la cabeza aquel preso asomado a la ventanilla, aquel ¡adiós! al maestro, aquel pobre tintero hecho en la cárcel, que decía tantas cosas, soñé con él por la noche, y todavía esta mañana me parecía tenerlo delante... ¡bien lejos de imaginar la sorpresa que me espe-

raba en la escuela! Apenas me había colocado en mi nuevo banco, al lado de Deroso, y escrito el problema de Aritmética para el examen mensual, referí a mi compañero toda la historia del preso y del tintero, y cómo está hecho, con la pluma atravesada sobre el cuaderno, con aquella inscripción alrededor: *¡Seis años!* Deroso se sobresaltó al oír aquellas palabras; comenzó a mirar tan pronto a mí como a Crosi, el hijo de la verdulera, que estaba sentado en el banco de delante, con la espalda vuelta hacia nosotros y absorto por completo en su problema. “¡Silencio! —dijo en voz baja, cogiéndome por un brazo—. ¿No sabes? Crosi me dijo que había visto de pasada anteayer un tintero de madera en manos de su padre, que ha vuelto de América: un tintero cónico, trabajado a mano, con un cuaderno y una pluma. Es aquél; seis años decía que su padre estaba en América: en vez de esto, estaba preso; Crosi era pequeño cuando se cometió el delito, no lo recuerda; su madre le engañó; él no sabe nada; ¡no se te escape ni una sílaba de esto!” Me quedé sin poder articular palabra y con los ojos fijos sobre Crosi. Deroso, entonces, resolvió el problema y se lo pasó a Crosi por debajo del banco; le dio una hoja de papel, le quitó de las manos *El enfermero del Chacho*, cuento mensual que el maestro le había dado a copiar, para hacérselo él, le regaló plumas, le dio golpecitos en la espalda y me hizo prometer, bajo palabra de honor, que no diría nada a nadie. Cuando estuvimos fuera de clase, me dijo precipitadamente: “Ayer vino su padre a recogerlo, habrá venido hoy también, has lo que yo haga”. Salimos a la calle, y el padre de Crosi estaba allí, algo separado: un hombre de barba negra, más bien un poco entrecano, malamente vestido y de semblante pálido y pensativo. Deroso apretó la mano a Crosi de modo que fuera visto, diciéndole en voz alta: “Hasta la vista, Crosi”; y le pasó la mano por la barba; yo hice lo mismo; pero, al hacer aquello, Deroso se puso encendido como la grana; yo también, y el padre de Crosi nos miró atentamente con ojos benévolos; pero en los cuales se traslucía una expresión de inquietud y de sospecha que nos heló el corazón.

EL ENFERMERO DEL CHACHO

(Cuento mensual)

En la mañana de cierto día lluvioso de marzo, un muchacho vestido de campesino, calado de agua y lleno de fango, con un envoltorio de ropa bajo el brazo, se presentaba al portero del hospital mayor de Nápoles a preguntar por su padre, con una carta en la mano. Tenía hermosa cara ovalada de color moreno pálido, ojos



apesadumbrados y gruesos labios entreabiertos, que dejaban ver sus blanquísimos dientes. Venía de un pueblo de los alrededores de la ciudad. Su padre, que había salido de la casa el año anterior para ir en busca de trabajo a Francia, había vuelto a Italia y desembarcado hacía pocos días en Nápoles, donde enfermó tan repentinamente que penas si tuvo tiempo de escribir cuatro palabras a su familia para anunciarles su llegada y decirles que entraba en el hospital. Su mujer, desolada al recibir la noticia, no pudiendo moverse de casa porque tenía una niña enferma y otra de pecho, había mandado al hijo mayor con algunos cuartos para asistir a su padre, a su *Chacho*, como solía llamarle.

El muchacho había andado diez millas de camino.

El portero, ojeando la carta, llamó a un enfermero para que llevase al muchacho donde estaba su padre. “¿Qué padre?”, preguntó el enfermero.

El muchacho temblando por temor de una triste noticia, dijo el nombre.

El enfermero no recordaba tal nombre: “¿Un viejo trabajador que ha llegado de fuera?”, preguntó.

“Trabajador, sí —respondió el muchacho cada vez más ansioso—; pero no muy viejo. Sí, que ha venido de fuera”. “¿Cuándo entró en el hospital?”, preguntó el enfermero. El muchacho, mirando a la carta: “Hace cinco días, creó”. El enfermero se quedó

pensando un momento; luego, como recordando de pronto: “¡Ah! —dijo—; la sala cuarta, la cama que está en el fondo”. “¿Está muy malo? ¿Cómo está?”, preguntó ansiosamente el niño. El enfermero lo miró sin responder. Luego dijo: “ven conmigo”. Subieron dos tramos de escalera, dirigiéndose al fondo de ancho corredor, hasta encontrarse frente a la puerta abierta de un salón con dos largas filas de camas. “Ven”, repitió el enfermero entrando. El muchacho se armó de valor y le siguió, echando miradas medrosas a derecha e izquierda sobre los semblantes blancos consumidos de los enfermos, algunos de los cuales tenían los ojos cerrados y parecían muertos; otros miraban al espacio con los ojos grandes y fijos, como espantados. Algunos gemían como niños. El salón está oscuro; el aire, impregnado de penetrante olor de medicamentos. Dos hermanas de la caridad iban de uno a otro lado con frascos en la mano.

Habiendo llegado al fondo de la sala, el enfermero se detuvo a la cabecera de una cama, abrió las cortinillas, y dijo: “Ahí tienes a tu padre”. El muchacho rompió a llorar, y dejando caer la ropa que traía en el brazo, abandonó la cabeza sobre el hombro del enfermo, cogiéndole con su mano el brazo que tenía extendido inmóvil sobre la colcha. El enfermo no hizo movimiento alguno.

El muchacho se irguió, miró otra vez a su padre y rompió a llorar de nuevo. El enfermo le dirigió una larga mirada y pareció reconocerlo. Pero sus labios no se movieron. ¡Pobre *Chacho*, qué cambiado estaba! El hijo no lo había reconocido. Tenía blancos los cabellos, crecida la barba, la cara hinchada, de color rojo encendido, con la piel tersa y reluciente, los ojos muy chiquitos, los labios gruesos, toda la fisonomía alterada: no conservaba suyo más que la frente y el arco de las cejas. Respiraba angustiosamente. “*Chacho Chacho mío* —dijo el muchacho—. Soy yo, ¿no me reconoces? Soy Cecilio, tu Cecilio, que ha venido del pueblo enviado por mi madre. Mirame bien: ¿no me reconoces? Dime una palabra siquiera”. Pero el enfermo, después de mirarle atentamente, cerró los ojos. “¡*Chacho!*, ¡*Chacho!* ¿Qué tienes? Soy tu hijo, tu Cecilio”. El enfermo no se movió, y continuó respirando con mucho afán.

Entonces, llorando tomó el muchacho una silla y se sentó, esperando, sin levantar los ojos de la cara de su padre: “Pasará algún médico haciendo la visita —pensaba— y me dirá algo”. Sumergido en tristes pensamientos, recordando tantas cosas de su buen padre el día de la partida, cuando le habían dado el último adiós en el barco, las esperanzas que la familia había fundado sobre aquel viaje, la desolación de su madre al recibir la carta: pensó también en la muerte: veía a su padre muerto, a su madre vestida de negro, a la

familia toda en la miseria. Así pensó mucho tiempo. Un mano ligera le tocó el hombro y se estremeció: era una monja: "¿Qué tiene mi padre?", le preguntó. "¿Es éste tu padre?", dijo dulcemente la hermana. "Sí, es mi padre; acabo de llegar. ¿Qué tiene?". "Animo, muchacho, —respondió la monja—; ahora vendrá el médico". Y se alejó sin decir más.

Al cabo de media hora se oyó el toque de una campanilla y vio que por el fondo del salón entraba el médico, acompañado de un practicante; la monja y un enfermero le seguían. Comenzó la visita, deteniéndose en todas las camas. Tanta espera le parecía eterna al pobre niño, y a cada paso que daba el médico crecía su angustia. Llegó finalmente, al lecho inmediato: El médico era un viejo alto y encorvado, de fisonomía grave. Antes de separarse de la cama inmediata, el muchacho se puso en pie, y cuando se acercó, rompió a llorar. El médico le miró: 'Es hijo del enfermo —dijo la hermana de la caridad—, y esta mañana ha llegado del pueblo'. El médico apoyó una mano sobre el hombro del muchacho, se inclinó sobre el enfermo, le tomó el pulso, le tocó la frente e hizo alguna pregunta a la hermana, la cual respondió: "Nada nuevo". Quedó algo pensativo, y luego dijo: "Continuad como antes". El chico tuvo valor para preguntar con voz lacrimosa: "¿Qué tiene mi padre?" "Ten valor, muchacho —respondió el médico poniéndole nuevamente la mano en el hombro—. Tiene una erisipela facial. Es grave, pero todavía hay esperanzas. Asístele. Tu presencia le puede hacer bien". "¡Pero si no me reconoce!", exclamó el niño, lleno de desolación. "Te reconocerá mañana... quizás. Debemos esperarlo así; ten ánimos". El muchacho hubiera querido preguntar más cosas, pero no se atrevió. El médico siguió adelante y el niño comenzó la vida de enfermero. No pudiendo hacer otra cosa, arreglaba las ropas de la cama, tocaba la mano al enfermero, le espantaba los mosquitos, se inclinaba hacia él siempre que le oía gemir, y cuando la hermana le traía de beber, le quitaba el vaso y la cucharita para dárselo con su propia mano. El enfermo lo miraba alguna que otra vez, pero sin dar señales de haberlo reconocido. Sin embargo, su mirada se fijaba por más tiempo, sobre todo cuando el niño se limpiaba los ojos con el pañuelo. Así pasó el primer día. Aquella noche el muchacho durmió sobre dos sillas, en un ángulo del salón, y la mañana siguiente volvió a emprender su piadoso trabajo. Al segundo día se notó que los ojos del enfermo revelaron un principio de conciencia. La cariñosa voz del niño, parecía que hacía brillar por el momento vaga expresión de gratitud en sus pupilas, y en cierta ocasión movió poco los labios como si quisiera decir algo. Des-

pués de cada período de somnolencia, abriendo mucho los ojos, buscaba a su enfermero. El médico le había visto dos veces y notó alguna mejoría. Hacia la tarde, al acercársele el vaso a la boca, creyó el chico que una ligerísima sonrisa se había deslizado por sus labios hinchados. Comenzó con esto a reanimarse y tener alguna esperanza; así que, creyendo si le podría entender, a lo menos confusamente, le hablaba de su madre, de las hermanas pequeñas, de la vuelta a su casa, y le exhortaba para que tuviera valor, con palabras llenas de cariño. Aun cuando a menudo dudase de ser comprendido, sin embargo, seguía hablando porque creía que el enfermo escuchaba con placer su voz y la entonación desusada de afecto y tristeza de sus palabras. De esta manera pasó el segundo, y el tercero y el cuarto en alternativa continua de ligeras mejorías y de retrocesos imprevistos. El muchacho, absorbido por entero en los cuidados de su padre, y sin tomar más alimento que algunos bocados de pan y queso que dos veces al día le llevaba la hermana de la caridad, no advertía casi lo que a su alrededor pasaba: los enfermos moribundos, las hermanas que acudían precipitadamente por la noche, los llantos de demostraciones de los visitantes que salían sin esperanza, todas las escenas lúgubres y dolorosas de la vida de hospital, que en cualquiera otra ocasión le habría aturrido y horrorizado. Las horas, los días pasaban, y él siempre firme al lado de su *Chacho*, atento, ansioso, conmovido por los suspiros y las miradas, agitado continuamente entre una esperanza que le ensanchaba el alma y un desaliento que le helaba el corazón.

El quinto día el enfermo se puso peor de repente.

El médico movió la cabeza como diciendo que era cuestión concluida, y el muchacho se abandonó sobre una silla rompiendo a sollozar. Sin embargo, le consolaba una cosa. A pesar de empeorar, le parecía a él que el enfermo iba poco a poco adquiriendo un poco de discernimiento. Miraba al muchacho cada vez con más fijeza y con expresión creciente de dulzura; no quería tomar bebida alguna, ni medicina, sino de su mano, y hacía con más frecuencia aquel movimiento forzado de los labios, como si quisiera pronunciar alguna palabra, y lo hacía tan marcado a veces, que el niño le sujetaba el brazo con violencia, animado por repentina esperanza, y le decía con acento casi de alegría: "Animo, ánimo, *Chacho*; te curarás, nos iremos de aquí, volverás a casa con mi madre: todavía hace falta algo más de valor!" Eran las cuatro de la tarde, momento en el cual el muchacho se había abandonado a uno de aquellos transportes de ternura y de esperanza, cuando por la puerta vecina del salón se oyó ruido de pasos y luego una fuerte voz, tres palabras so-